

tenemos costumbre de verlo en los degenerados débiles, y si alguna vez con penoso esfuerzo consigue penetrarse bien de algo y expresarlo de un modo hasta cierto punto comprensible, infaliblemente á las pocas páginas, ó por lo menos en el drama siguiente, se apresura á decir exactamente lo contrario. Se habla de las «ideas» de Ibsen sobre la moralidad y de su «filosofía», cuando no ha formado una sola proposición sobre la moralidad, una sola concepción del mundo y de la vida, que no haya refutado él mismo ó de la cual no se haya burlado con justa razón.

Parece predicar el amor libre y su elogio de la impudicia que no refrena ningún imperio sobre sí mismo, ninguna consideración de los contratos, las leyes y la moral, hasta ha hecho de él, á los ojos de un Jorge Brandés y de protectores semejantes de la «juventud que desea divertirse un poco», un «espíritu moderno». La Sra. Alving (*Los Aparecidos*, pág. 81) califica de «crimen» el acto del pastor Manders al rechazarla después de que abandonó á su marido para ir á echarse en sus brazos. Esta señora rebotante de temperamento echa á Regina sin miramientos en los brazos de su hijo cuando éste la indica en términos descarados que tendría placer en poseerla (páginas 106-110). Y esta misma Sra. Alving habla en términos de la más profunda indignación moral de su difunto esposo como de un «hombre abyecto» (pág. 63), y le califica otra vez delante de su hijo de «hombre perdido» (en el original hay «*et forfaldent Menneske*», un epíteto que se aplica habitualmente á las mujeres caídas), y ¿por qué? ¿porque ha tenido relaciones fáciles, amores de paso con varias mujeres! Pero, entonces, ¿es lícito ó no, según Ibsen, saciar el deseo sensual cuando se despierta? Si es lícito, ¿cómo habla la Sra. Alving con desprecio de su marido? Si no es lícito, ¿cómo se ha atrevido á ofrecerse al pastor Manders y á convertirse en mediadora entre Regina y su propio hermano de padre? O acaso la ley

moral es valedera sólo para el hombre y no para la mujer? Un adagio inglés dice: «Lo que es salsa para la gallina es también salsa para el gallo», pero Ibsen, por lo visto, no participa de la opinión de la sabiduría popular. Una mujer que se escapa de la compañía de su marido legal y va en busca de un amante (Sra. Elvsted y Eylert Løevborg, de *Hedda Gabler*), ó que ofrece á un hombre formar una unión libre con ella, aunque nada les impediría casarse sin tantos miramientos, como lo hacen tantos otros contribuyentes razonables (Sra. Linde y Krogstad, de *Casa de muñeca*); esas mujeres obtienen el entusiasta aplauso y la simpatía de Ibsen; pero si un hombre seduce á una muchacha y toma á su cargo generosamente su vida ulterior (Werlé y Gina, de *El Pato silvestre*), ó tiene relaciones con una mujer casada (el cónsul Bernick y la cómica Dorff, de *Los Sostenes de la sociedad*), se trata aquí de un crimen tal que el culpable queda señalado para toda su vida y clavado en la picota por el poeta con la crueldad de un verdugo de la Edad Media.

La misma contradicción se expresa también bajo otra forma más general. Una vez, Ibsen, defiende con rabia esta tesis: que el individuo obedezca sólo á «su propia ley», es decir á cada uno de sus caprichos y aun á cada una de sus obsesiones, que se «despliegue», en toda libertad según la locución idiota de sus comentadores. La señorita Marta Bernick dice á Dina (*Los Sostenes de la sociedad*, P. 120). «Prométeme que le harás feliz (á su prometido). —DINA: No quiero prometértelo, no me gustan las promesas; todo sucede por la voluntad de Dios. (Es decir, como el momento lo sugiere á la cabeza caprichosa). SRTA. MARTA: Sí, sí; es verdad. Continúa siendo lo que eres, fiel y sincera contigo misma. —DINA: Seré fiel y sincera conmigo misma, tía mía». Rosmer (*Rosmersholm* P. 220), dice con admiración del mendigo Brendel: «En todo caso, ha tenido el valor de vivir á su gusto. Se me figura que eso ya vale algo». Rebeca (en la misma obra,



P. 310) se lamenta así: «Rosmersholm me ha enervado; ha mutilado mi fuerza y mi voluntad, me ha hundido. Ya pasó el tiempo en que habría podido atreverme á todo;... ahora una ley extraña me ha subyugado». Y más adelante: «Es el espíritu de los Rosmer lo que ha contagiado mi voluntad... y la ha puesto enferma... Se ha plegado bajo leyes que le eran extrañas». Eylert Løvborg gime de modo parecido (*Hedda Gabler*, P. 212). «Esta vida... no tengo fuerza para soportarla. Imposible volver á empezar. Esta mujer (Thea Elvsted, con su suave violencia amorosa) ha destruído en mí todó valor y toda audacia». Pero de un modo absolutamente opuesto á este modo de ver, Regina (*Los Aparecidos*, P. 126), proclama en estos términos su «derecho á desarrollarse plenamente»: «No puedo permanecer aquí consumiéndome en provecho de enfermos... una muchacha pobre tiene que emplear su juventud... Y yo también, señora, tengo la alegría de vivir»; Ibsen hace responder á la Sra. Alving: «¡Ay, sí!» Este «¡ay!» tira de espaldas. ¡Ay!, y porqué «¡ay!» ¿Pues no obedece Regina á su «ley» al satisfacer su «alegría de vivir», y así como ella lo explica en seguida, al entrar en la casa de placer para marineros, que funda el carpintero Engstrand? ¿Cómo puede proferir este «¡ay!» la señora Alving, puesto que también ella obedecía á su «ley» al ofrecerse como querida al pastor Manders, y puesto que también quería ayudar á su hijo á obedecer á su «ley» cuando se le había antojado Regina? Y es que Ibsen siente en sus momentos de lucidez que puede tener sus peligros el que uno «obedezca á su ley», y este «¡ay!» de la Sra. Alving se le escapa como una confesión. En *El Pato silvestre* se burla con prolijidad de su propio dogma; hay allí un estudiante, Molvik, que obedece también á su «ley» que le prescribe no aprender nada, esquivar los exámenes y pasar las noches en las tabernas. El burlón Relling afirma con este motivo (P. 103): «Se apodera de él como una sugestión, y entonces es preciso

que vaya de broma con él. El estudiante Molvik es un demoníaco, ¡créanlo ustedes!..., y las naturalezas demoníacas no pueden ir por el recto camino en este mundo; de vez en cuando es preciso que den rodeos». Y para que ninguna duda pueda subsistir sobre el verdadero pensamiento de Relling, él mismo declara más allá (P. 156): «¿Qué diablo quiere usted que eso signifique, un «demoníaco?» Es una broma que he inventado para hacerle llevar vadera la vida; si no hubiera hecho eso, hace ya bastantes años que ese pobre indecente amigo se habría encharcado en la desesperación y el desprecio de sí mismo».

Es muy verdad: Molvik es un lamentable débil que no puede triunfar de su pereza y su tendencia á embriagarse; abandonado á sí mismo, se reconocería como un miserable que es, y se despreciaría tan profundamente como merece; pero he aquí que Relling viene y califica de «demoníaca» su falta de carácter, y ahora ya tiene el nene un nombre hermoso de que Molvik hace gala ante él mismo y ante los demás. Ibsen hace enteramente lo mismo que su Relling: alaba la debilidad de voluntad incapaz de resistir á los instintos bajos y lastimosos, como siendo la «voluntad de desarrollarse plenamente», como «libertad de un espíritu que no obedece más que á su propia ley», y la recomienda como única regla de existencia. Pero, al contrario de Relling, ignora en general que practica sencillamente un engaño que por mi parte yo no puedo de ninguna manera considerar con Relling como piadoso y caritativo, y acaba por creer en sus propios embustes. Digo en general, pero no siempre, porque de vez en cuando, como en *El Pato silvestre*, reconoce su extravío y lo corrige, y su sentimiento íntimo sufre tan poco el influjo de su frase engañosa de degenerado de voluntad débil, que deja ver involuntaria é inconscientemente en sus invenciones su profundo horror hacia los hombres que «obedecen á su propia ley para desarrollarse plenamente». Castiga al chambelán Alving en su hijo,



y le hace maldecir por su viuda, porque «se ha desarrollado plenamente»; imputa como crimen al cónsul Bernick, al comerciante Werlé el «haberse desarrollado plenamente» aquél, al sacrificar en su lugar á su cuñado Juan y cortejando á la Sra. Dorff, éste, descargando su culpa sobre Ekdal y seduciendo á Gina. Ciñe con una aureola las frentes glorificadas de Rosmer y de Rebeca, porque no se han «desarrollado plenamente», sino, al contrario, se han replegado en la muerte, porque no han obedecido á «su propia ley», sino á la ley de los demás, á la ley moral universal que los ha aniquilado. Cada vez que uno de sus personajes obra en el sentido de sus doctrinas y ha hecho lo que le era agradable, sin tener en cuenta ni las costumbres ni la ley, siente tal contrición y tal tortura, que no puede recobrar la calma y la alegría hasta haber descargado su conciencia por la confesión y la expiación.

El «pleno desarrollo» del ser humano se presenta en Ibsen también bajo la forma de un individualismo intransigente. El «yo» es la cosa real; el «yo» debe ser cultivado y desarrollado, como lo predica también M. Mauricio Barrés, independientemente de Ibsen. El primer deber de todo ser humano es ser deferente con su «yo» satisfaciendo sus exigencias, sacrificarle todo miramiento por los demás. Cuando Nora quiere abandonar á su marido, éste exclama (P. 272): «¿No piensas en el qué dirán?» —*NORA*: No puedo pararme en eso. Sólo sé que para mí es indispensable. —*HELMER*: ¡Ah, es cosa que subleva! ¿Así pues, faltarías á tus deberes más sagrados? —*NORA*: ¿Qué consideras tú como mis deberes más sagrados? —*HELMER*: ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos? —*NORA*: Tengo otros tan sagrados por lo menos como esos. —*HELMER*: ... ¿Cuáles podrían ser? —*NORA*: Los deberes para conmigo misma. —*HELMER*: Ante todo, eres esposa y madre. —*NORA*: Yo no creo ya en eso; creo que, ante todo, soy un ser humano con el mismo

derecho que tú,—ó, por lo menos que debo tratar de llegar á serlo». Oswald (*Los Aparecidos*) dice á su madre con una brutalidad triunfante (P. 130): «No puedo ocuparme de los demás; tengo bastante con pensar en mí mismo». De qué manera en la misma obra Regina acentúa su «yo» y los derechos de éste, ya lo hemos visto. Stockmann (*Un Enemigo del pueblo*) proclama en estos términos el derecho del «yo» enfrente de la mayoría, enfrente de la especie (P. 268): «Me limitaré á hablaros de una sola de esas mentiras... De ese axioma según el cual la clase baja, la gran masa del pueblo sería lo mejor de la nación, el pueblo mismo; que el hombre del pueblo, que todos esos seres imperfectos é inexpertos tendrían el mismo derecho para juzgar, dirigir y gobernar, que los raros hombres verdaderamente nobles de espíritu». Y P. 310: «Sólo quiero meter en la cabeza de esos estúpidos perros de presa que los más pérfidos de los hombres libres son los liberales... que las consideraciones que se guardan á ciertas conveniencias trastornan la moral y la justicia de tal modo que la vida acaba por hacerse insoportable... Ahora soy el hombre más importante de la ciudad... Acabo de hacer un gran descubrimiento... helo aquí: «el hombre más poderoso del mundo es el que está más solo». Pero ese mismo Stockmann, que no quiere siquiera oír hablar de la «clase baja», de la «gran masa del pueblo», como dice en su tautología insoportable, que no siente su «yo» poderoso más que en una soledad majestuosa, trata á sus conciudadanos (P. 247) de «viejas chochas», porque «todos no piensan más que en sus familias y no en la sociedad». ¡Y en esta misma obra *Casa de muñeca* en que Ibsen aplaude tan decididamente, como se ve con toda claridad, á Nora cuando declara que tiene «sólo deberes para consigo misma», y no puede tenerlos para con otros, sin exceptuar á su marido y á sus hijos, estigmatiza á su esposo Helmer como á un pobrete Juan Lanás, porque cuando ella le confiesa la falsedad que ha cometido, no



piensa ante todo más que en su propia reputación, es decir en el «deber para consigo mismo», y no se ocupa más que de él, y no en modo alguno de su mujer! Aquí se renueva el fenómeno que ya hemos visto á propósito de la manera de ver de Ibsen sobre la moralidad sexual: la impudicia es un crimen en el hombre y sólo es permitida á la mujer. Del mismo modo, la altiva afirmación del «yo» no es un mérito más que en la mujer; el hombre no tiene derecho de ser egoísta. Cómo se mofa Ibsen del egoísmo, por ejemplo en Bernick (*Los Sostenes de la sociedad*), cuando hace decir ingenuamente á éste, á propósito de su hermana Marta, que es «completamente insignificante», y que no la desea ser de otra manera (P. 63): «En una casa importante como la nuestra, siempre es bueno tener una de esas personas sencillas en quien pueda uno fiarse en toda ocasión.—*JOHANN*: Sí; ¿pero ella?—*BERNICK*: ¿Ella? ¿Cómo? No le faltan gentes por quienes pueda interesarse. Me tiene á mí, á Betty, Olaf y yo. Ni el hombre ni la mujer deben pensar en sí mismos en primer término». Y cómo condena con dureza Ibsen (*Hedda Gabler*, P. 75) el egoísmo del marido de la Sra. Elvsted, al poner en labios de ésta estas amargas palabras: «No tiene verdadera afección más que por sí mismo; y tal vez una poca por los niños».

Pero lo más curioso es que este filósofo del individualismo no sólo condena de un modo expreso el egoísmo en el hombre como un vicio bajo, sino que admira inconscientemente también en la mujer el más alto desinterés como una perfección angélica. «El deber más sagrado es el que uno tiene hacia sí mismo», vocífera en *Casa de muñeca*. Y las solas figuras conmovedoras y amables que acierta á presentar este individualista irreductible son sin embargo las santas mujeres que viven y mueren únicamente por los demás, las Eduvigis, las señoritas Bernick y Hessel, la tía Tesman, etc., que no piensan nunca en su «yo», sino que hacen del sacrificio de todos sus instintos y de todos

sus deseos en aras de la felicidad ajena su único fin en la tierra. Esta contradicción violenta hasta ser ridícula, se explica perfectamente por la naturaleza de espíritu de Ibsen; su obsesión místico religiosa del sacrificio voluntario por los demás es necesariamente más fuerte que su lucubración pseudo-filosófica sobre el individualismo.

Entre las «ideas morales» de Ibsen se ha dado en contar también su pretendida sed de verdad; lo que es seguro, es que hace bastantes frases sobre este asunto. «Piénsalo no más, dice Helmer á Nora (pág. 199): un ser semejante, con la conciencia de su crimen, tiene que mentir y disimular continuamente; tiene que llevar una máscara incluso en su propia familia; sí, ante su mujer y sus hijos. Y cuando se piensa en los hijos, es una cosa espantosa... Porque semejante atmósfera de mentira lleva consigo un contagio y principios malsanos en toda una vida de familia». «¿No hay una voz de madre que le impida á usted destrozar el ideal de su hijo?», pregunta el pastor Manders en *Los Aparecidos* (pág. 77), cuando la señora Alving ha revelado á su hijo «la inmoralidad» de su difunto esposo, á lo cual contesta ella con soberbia: «¡Pero y la verdad pues!» La señorita Lona Hessel (*Los Sostenes de la sociedad*, pág. 72) predica al cónsul Bernick: «¿Es sin duda por consideración hacia esta sociedad por lo que, durante quince años, has permanecido fiel á esa mentira?—*BERNICK*. ¿A esa mentira?... ¿Tú llamas á eso?—*LONA*. Mentiras, triples mentiras; mentiras hacia mí, mentiras hacia Betty, mentiras hacia Johann... ¿No piensas nunca que debieras confesar esa mentira?—*BERNICK*. ¿Que sacrifique voluntariamente mi felicidad doméstica y mi situación social?—*LONA*. En fin, ¿qué derecho tienes tú á tu felicidad?» Y más allá (pág. 90): «Una mentira es lo que ha hecho de tí el hombre que eres.—*BERNICK*. En aquel entonces no perjudicaba á nadie...—*LONA*. ¿A nadie? Sondea un poco tu conciencia y preguntate si verdaderamente no ha resultado de ello ningún



mal para ti». Bernick se reconcentra efectivamente en sí mismo, y poco antes de su confesión hay un diálogo muy edificante entre él y la severa guardiana de su conciencia (pág. 125): «BERNICK. Sí, sí, la mentira es la causa de todo.—LONA. ¿Y entonces por qué no romper con la mentira?... Dime qué felicidad encuentras en esas hipocresías y esos engaños.—BERNICK. Tengo mi hijo para quien debo trabajar... Vendrá una época en que la verdad brillará por fin en la vida social; tal vez tendrá una existencia más feliz que la de su padre.—LONA. ¿Y ese edificio se habrá de erigir sobre una mentira? ¿Has reflexionado en la herencia que le dejarás?» La familia Stockmann de *Un Enemigo del pueblo*, tiene constantemente la verdad en la boca. «Se miente tanto en la escuela como en el hogar, declama su hija Petra (pág. 171); en casa hay que callarse; en la escuela hay que mentir á los niños... Tenemos que contar una porción de cosas en las que no creemos nosotros mismos... Si tuviese los medios de hacerlo, fundaría una escuela en que todo estaría arreglado de un modo diferente». La animosa joven rompe con un periodista que tenía intenciones de casarse con ella, pero que carecía de veracidad (pág. 229): «Le guardo á usted rencor por no haber sido franco con mi papá, pues le ha hablado usted como si fuera el interés de la verdad y de la sociedad lo que le impulsaba... No es usted el hombre que parecía ser, y eso es lo que no le perdonaré nunca... nunca». Stockmann, padre (pág. 209), exclama por su parte: «gracias á una odiosa mentira, es por lo que nuestra joven sociedad, se nutre de chupar la riqueza de los demás». Y más adelante: (pág. 275): «Quiero tanto á mi ciudad natal, que preferiría arruinarla á verla prosperar merced á una mentira... ¡Hay que hacer desaparecer como animales dañinos á todos los que viven en la mentira! Acabaréis por llevar la peste á todo el país y conseguiréis que el país entero merezca ser aniquilado». Todo esto sería, ciertamente, muy hermoso si no supié-

ramos que este culto ardiente de la verdad no es más que una de las formas que reviste, en la conciencia de Ibsen, la obsesión religioso-mística del sacramento de la confesión y si él mismo no tuviese cuidado, según su costumbre, de destruir, burlándose de ella, toda creencia demasiado precipitada en la sinceridad de su fraseología. Ha creado en el Gregorio Werlé de *El Pato silvestre* la mejor caricatura de sus confesores de la verdad. Gregorio emplea absolutamente el mismo lenguaje que la señorita Lona Hessel, que Petra Stockmann y su padre, pero en sus labios tiene por objeto excitar la risa. «Y he aquí esa naturaleza llena de confianza, ese niño grande, dice de su amigo Hjalmar (pág. 41), helo aquí cogido en una red de perfidias, viviendo bajo el mismo techo que una mujer de esa especie, sin sospechar que su hogar, como él lo llama, se asienta sobre una mentira;... he encontrado por fin un objetivo á mi vida.» Y ese objetivo consiste en operar á Hjalmar su catarata moral y eso es lo que acaba por hacer: «Has caído en un charco envenenado, Hjalmar, le dice (pág. 101), has contraído una enfermedad la tente y te has hundido en el fango para morir en la obscuridad... cálmate; yo sabré salvarte, porque ya ves, desde ayer yo también tengo un objetivo en mi existencia». Y poco después, á su padre: «En cuanto á Hjalmar, puedo salvarlo de la mentira y de la disimulación en que está á pique de hundirse». El burlón Relling pone de vuelta y media al idiota que persiguiendo su «fin de existencia», desune á Hjalmar y su mujer, destruye su hogar pacífico y arrastra á Eduviges á la muerte. «El caso de usted es muy complicado, le dice (pág. 155). En primer lugar, esa fiebre maligna de equidad... Trato de mantener en él la mentira vital.—GREGORIO. ¿La mentira vital? Habré entendido mal.—RELLING. No; he dicho la mentira vital. Esa mentira, ve usted, que es el principio estimulante... Si quita usted la mentira vital á un hombre ordinario le arrebatara usted al mismo tiempo la felicidad».



Y ahora ¿cuál es la verdadera opinión de Ibsen? ¿Se debe aspirar á la verdad ó vivir á gusto en la mentira? ¿Opina Ibsen con Stockmann ó con Relling? Nos debe la respuesta á estas preguntas, ó más bien, responde afirmativa y negativamente con el mismo ardor y la misma potencia poética.

Otra «idea moral» de Ibsen que ha dado extraordinariamente campo á la charla de sus monaguillos, es la del «verdadero matrimonio». No es fácil descubrir, en verdad, lo que su cerebro místico se representa por estas palabras misteriosas, pero sin embargo se puede intentar adivinarlo por cien indicaciones obscuras de su teatro. No parece aprobar que la mujer considere el matrimonio sencillamente como un modo de establecerse; en casi todas sus obras vuelve sobre este asunto con la monotonía que le es propia. Toda la desgracia de la Sra. Alving se explica (*Los Aparecidos*) porque se ha casado con el chambelán por interés, porque se ha vendido (pág. 68). «Las sumas que año tras año he consagrado á este asilo forman, como lo he calculado exactamente, el total de un haber que en otro tiempo hacía considerar al teniente Alving como un buen partido... No quiero que vaya á parar (este dinero) á manos de Oswald». Ellida, *La Dama del mar*, recita la misma cantinela (pág. 107): «Tenía necesariamente que resultar una desgracia de semejante casamiento hecho en tales condiciones... Es inútil ocultar la verdad más tiempo tratando de mentirnos mutuamente... Sí, mentimos; ó por lo menos nos ocultamos la verdad, porque la verdad, la pura y completa verdad, es que vinistes allá abajo y que me has comprado... No he sido mejor ni más digna que tú, pues consentí en ese trato y me he vendido... Me encontraba allí sin voluntad, abandonada, solitaria, de modo que te acepté en cuanto llegaste y me ofreciste compartir tu vida.» Hedda Gabler dice casi con los mismos términos (pág. 109): «Puesto que quería á todo trance tener el derecho de asegurar

mi porvenir, no veo por qué yo lo habría rechazado». No ve por qué lo habría rechazado; pero su desgarramiento interior, su fiebre incesante, su suicidio final, son la consecuencia de haber dejado «asegurar su porvenir». Este mismo motivo ha hecho también la desgracia de otra mujer en el mismo drama, la Sra. Elvsted. Aya, al principio, en la casa de su futuro esposo, tuvo al poco tiempo que ocuparse en llevar la casa, y después se avino á casarse, aunque todo en su marido le era «antipático», y aunque no tenían un solo «pensamiento común». Ibsen condena al hombre que se casa por el dinero, lo mismo que á la mujer que deja «asegurar su porvenir». La degradación moral de Bernick (*Los Sostenes de la sociedad*, pág. 71) proviene ante todo de que se ha casado no con la señorita Lona Hessel, á quien amaba, sino con otra: «No es en modo alguno un nuevo amor lo que me ha decidido á romper contigo; la única causa de mi elección es su fortuna».

Así pues, no debe uno casarse en vista del provecho, y todo hombre razonable y moral estará de acuerdo con entusiasmo con este principio; pero entonces ¿por qué se habrá uno de casar? No puede haber más que una respuesta razonable á eso: «Por inclinación». Pero eso es lo que Ibsen no quiere tampoco. El casamiento de Nora y de Helmer es un puro matrimonio de amor y conduce á una ruptura brusca. Wangel (*La Dama del mar*) se ha casado igualmente con Ellida por inclinación, como ésta lo hace constar expresamente (pág. 108): «No habías hecho más que verme, me habías dirigido apenas algunas palabras, en fin me deseabas». Y entonces se siente extranjera con respecto á él y quiere marcharse de su lado. Así: la Sra. Alving, Ellida Wangel, Hedda Gabler, la señora Elvsted, se casan por interés y labran de esta manera la desgracia de su vida; Nora se casa por amor y es profundamente desgraciada; el cónsul Bernick se casa con una joven porque es rica y paga esta culpa con su ruina moral;



el doctor Wangel se casa con una joven porque le gusta, y en recompensa ésta quiere abandonarle á él y su hogar. ¿Qué conclusión sacar de todo esto? ¿Que el casamiento de razón es malo y que el de amor apenas si es mejor? ¿Que el casamiento en general no vale nada y debe abolirse? Por lo menos esa sería una deducción y una solución, pero no es á la que llega Ibsen. La inclinación sola no basta, ni aun cuando es reciproca como en el caso de Nora, y aún se necesita otra cosa: el hombre debe convertirse en educador de su mujer, debe hacerla participar de todo lo que le concierne, hacer de ella una compañera con derechos absolutamente iguales á los suyos, tener en ella una confianza ilimitada. De otro modo permanece eternamente como extranjera en la casa; de otro modo el matrimonio no es un «verdadero matrimonio». «No tengo ningún derecho á reclamar á mi marido para mí sola, confiesa Ellida (pág. 35), porque yo misma tengo también una vida de recuerdos á la cual permanecen extraños los demás». En la misma obra, Wangel se acusa así (pág. 99): «Habría debido ser un padre para ella y al mismo tiempo un guía, habría debido hacer todo lo posible por desarrollar y aclarar sus ideas; por desgracia, no he hecho nada de eso... Quería poseerla tal cual era». La señora Bernick se lamenta del modo siguiente (*Los Sostenes de la sociedad*, pág. 141): «He creído durante mucho tiempo que te había poseído y te había perdido después; ahora comprendo que nunca me habías pertenecido»; y la señorita Lona Hessel deduce por anticipado la moral de la fábula (pág. 124): «¿No hubiera podido llenar este papel á tu lado la que has escogido en mi lugar?—*BERNICK*. En todo caso no ha sido la compañera que me hacía falta.—*LONA*. Porque nunca la has iniciado en tu vida, porque nunca has tenido con ella relaciones sinceras y libres». El rector Krøll (en *Rosmersholm*) ha tratado á su mujer por el mismo método: la ha comprimido intelectualmente y luego se sorprende

dolorosamente cuando acaba de rebelarse contra su tirano doméstico que la ha ido extinguiendo tan asiduamente (pág. 204): «Ella, que todos los días de su vida, en las grandes cosas como en las pequeñas, ha compartido mis opiniones, aprobado mi manera de ver, no está hoy lejos de ponerse, en más de un respecto, del lado de los hijos. ¡Según ella, lo que ocurre es por culpa mía y ejerzo una acción deprimente sobre la juventud! ¡Como si eso no fuese indispensable... En fin, así tengo la discordia en mi casa. Naturalmente, hablo de esto lo menos posible, pues estas cosas no deben transpirar».

Sobre este punto también hay que declararse completamente de acuerdo. Seguramente, el matrimonio no debe ser sólo una unión de los cuerpos, sino también una comunidad de las almas; ciertamente el hombre debe elevar el nivel intelectual de la mujer, aunque,—notémoslo en seguida—este papel de educador y de tutor asignado con razón por Ibsen al hombre, excluya resueltamente la plena igualdad intelectual de los dos esposos reclamada también por él. Pero cómo se avienen con este modo de ver las verdaderas relaciones del hombre con la mujer, estas palabras de Nora á su marido (pág. 270): «Quiero pensar ante todo en elevarme yo misma. Tú no eres hombre capaz de facilitarme esta tarea y debo emprenderla yo sola, para lo cual te voy á abandonar». Se frota uno los ojos y duda si habrá leído bien. ¿Cuál es entonces el deber del esposo en el «verdadero matrimonio»? ¿Debe elevar el nivel intelectual de su mujer? Wangel, la señora Bernick, la Srta. Lona Hessel, la Sra. Krøll así lo afirman; pero Nora lo niega furiosamente y rechaza toda ayuda. ¡*Fará da se!* ¡Quiere elevarse y formarse por sí sola! Si esta contradicción desconcierta ya completamente, Ibsen se burla aun más de los infelices que quisieran ir á pedirle reglas de moral, mofándose según su costumbre (en *El Pato silvestre*) de todo lo que en sus demás dramas ha predicado sobre el «verdadero matrimonio».